

El Anti-Edipo, un hijo hecho por Deleuze-Guattari a espaldas de Lacan, el padre del “síntoma”^{25**}

Florent Gabarron-García

Traducido del francés por Román Aguiar Montaña*, Medellín, julio 14 de 2023

DOI: 10.24142/indis.v8n16a3

El *Anti-Edipo* consiste en un diálogo crítico y cerrado, a veces provocador, pero más a menudo lleno de humor, con el psicoanálisis constituido. A diferencia de la disputa poco contemporánea que conduce Robert Castel, éste no se dará por fuera del campo analítico a nombre de razones sociológicas, sino a nombre de la clínica. Se trata de volver: “con la capacidad inventiva inicial del psicoanálisis [...]” como lo recuerda el manifiesto fundador de *Chimères*. No se trata de hacer anti-psicoanálisis, sino de construir una “máquina de guerra” contra el reconocimiento clínico al que ciertas prácticas psicoanalíticas dan lugar, particularmente, cuando trata de la psicosis.

Sin embargo, es debido a un motivo anti-psicoanalítico que a menudo esta obra es reducida al campo psi. Actualmente, los estudiantes de psicología se sorprenden de que *El Anti-Edipo* no figure en la bibliografía del *Libro negro del psicoanálisis*. Para ciertos psicoanalistas *El Anti-Edipo* es un libro “donde se ve bien” que “los autores nada han comprendido de Lacan y del psicoanálisis”, o aun, que ellos “sueñan” con una concepción del inconsciente anterior al acontecimiento del psicoanálisis. Clínica-

25 ** Florent Gabarron-García es psicólogo, clínico, psicoanalista, cursó su doctorado en París VII. «L'Anti-OEdipe», *Un Enfant Fait Par Deleuze-Guattari Dans Le Dos De Lacan, Père Du «Sinthome»*. Chimères. 2010/1 N.º 72, pp. 303-320, <https://www.cairn.info/revue-chimeres-2010-1-page-303.htm>.

mente anterior al acontecimiento del psicoanálisis, y políticamente caduco, el *Anti-Edipo* sería a la vez un regreso del punto de vista metapsicológico y un extravío político. Este libro se pone al margen de la “legitimidad psi”. Junto con la antipsiquiatría y el freudo-marxismo, participa actualmente de constituir la frontera de lo que emerge y de lo que no emerge del campo de validez epistemológica. Éste llega silenciosamente a delimitar la positividad del espacio del saber legítimo y a sellar el acuerdo metapsicológico fundado sobre su exclusión. Un estudio psi reciente que osa desafiar poco la prohibición tomando por objeto el “cuerpo sin órganos” no se arriesga, a pesar de todo, a citar jamás *El Anti-Edipo*.

Finalmente, se trataría en realidad de un “libro de filosofía”, pero es con este que el filo de la suprema descalificación psicopatológica cae definitivamente. En efecto, ¿es un azar si el nombre de Gilles Deleuze, filósofo de profesión, eclipsa sin cesar el de Félix Guattari, que era psicoanalista y clínico? Sin embargo, si Deleuze no era clínico, conocía bien el psicoanálisis. Su presentación de Sacher Masoch, se ha vuelto hoy un clásico, y muchas de sus obras han suscitado elogios de Lacan. Finalmente, su obra está salpicada de referencias al psicoanálisis con el que dialoga sin cesar. ¿Por qué desde entonces sólo se leerán algunas de sus obras, o sólo los pasajes indicados por Lacan, excluyendo *a priori* la crítica que en éstas él dirige al psicoanálisis? Este es menos pertinente aun si esta crítica es “inoportuna”, como lo asumen Deleuze–Guattari, ésta no está dirigida, en principio, tanto al psicoanálisis como respecto a sus “mediciones”. Una lectura rápida y simplista tendería a hacer creer que su crítica consiste esencialmente en decir que el psicoanálisis se extravía en las ficciones del mito del Edipo. Ahora bien, ellos quieren mostrar pacientemente cómo una cierta clínica y una cierta teoría del psicoanálisis, constituidas en dogma, transforman esta última en trampa reaccionaria.

Que no se crea que hacemos alusión a aspectos folclóricos del psicoanálisis. No porque, por parte de Lacan, se tenga otra concepción del psicoanálisis, hay que considerar como menor lo que en verdad es el tono dominante en las asociaciones más reconocidas: veamos al doctor Mendel, los doctores Stéphane, el estado rabioso en que caen y su llamada literalmente policial ante la idea que alguien pretenda escapar a la ratonera de Edipo.

Del “lado de Lacan” no se procedería así: “uno se haría una imagen distinta del psicoanálisis”. ¿Cuál es “este lado de Lacan”? ¿Se trata de Lacan mismo, o se trata de lacanianos que “se harían una idea distinta del psicoanálisis”? El proyecto Deleuze–guattariano no emerge, *a priori*, de un anti–lacanismo (y menos aún de una anti–psiquiatría). Guattari asiste regularmente al seminario de Lacan. Estaba en análisis con él y era miembro de la escuela freudiana de París. Lo mismo ocurre con la mayoría de los colegas con quienes trabaja en el campo de la psicoterapia institucional.

Es desde la orilla de la complejidad políticamente fracturada del campo teórico–clínico del psicoanálisis y de la psiquiatría que la crítica anti–edipiana es conducida. El *Anti–Edipo* no surge de una ruptura epistemológica con el campo psi y el psicoanálisis, sino de una *precipitación* de la obra de Lacan catalizada por los acontecimientos de mayo de 1968 (que las represiones de todos los órdenes van progresivamente a resolver: “mayo 68 no tuvo lugar”, escriben Deleuze–Guattari el 15 de febrero de 1984, en plenos *Años de invierno*).

La forclusión o el fracaso del psicoanálisis

Los pasajes del *Anti–Edipo* donde Deleuze–Guattari evocan a Lacan no están impregnados de una condena unilateral de la obra del “maestro”. Su relación puede ser a veces crítica (y a veces de humor corrosivo), pero consiste ante todo en una interrogación problemática sobre lo que está empezando a hacer Lacan. En este momento, Lacan, literalmente, inventa la teoría del psicoanálisis. Sus elaboraciones permanentes surgen eminentemente de un “*work in progress*”. Deleuze–Guattari siguen de cerca este movimiento: ellos se interesan en éste y llegan a nutrir su reflexión de él. Y es de este modo como *El Anti–Edipo* no se aparta de una especie de meditación (que no ocurre sin una extraña provocación) sobre el sentido que está empezando a formarse de la obra de Lacan:

Ni siquiera porque predico el retorno a Freud puedo decir que *Tótem y Tabú* está errado. Es incluso por ello que hay que volver a Freud. Nadie me ha ayudado para saber lo que son *Las formaciones del inconsciente*... No estoy diciendo que Edipo no sirva para nada, ni que no tenga ninguna relación con lo que hacemos. Ello no sirve para nada a los psicoanalistas ¡ello es cierto! Pero como

los psicoanalistas seguramente no son psicoanalistas, ello no prueba nada... Son cosas que expuse en su momento; era cuando hablaba a la gente que era preciso cuidar, eran: psicoanalistas. A ese nivel hablé de la metáfora paterna, nunca hablé de complejo de Edipo....

¿No indica este extracto que Lacan mismo ya había tomado distancia crítica frente a la teoría del complejo de Edipo? Y, ¿no hay aquí una invitación a continuar su crítica y a terminarla? Deleuze–Guattari ponen por delante estas notas teóricas de Lacan, de principios de los años setenta. Ellas todavía no son publicadas. No pertenecen todavía a ningún corpus teórico, a ninguna práctica clínica constituida. Estas constituyen un retorno sobre lo que Lacan habría dicho antes, lo que no ocurre sin implicar un cierto aspecto crítico. Al hacer valer este retroceso, se trata de introducir la diferencia con el discurso de los tenientes de una ortodoxia freudiana edipiana: “¿Es esto lo que hacen los doctores Mendel y Stéphane, en materia de psicosis, verdaderamente fundado en aspectos de las últimas proposiciones teóricas del psicoanálisis?”. Pero el propósito es enfocar también la interpretación de otros lacanianos, ya que:

- “[...] a pesar de bellos libros escritos recientemente por los discípulos de Lacan, nos preguntamos si el pensamiento de Lacan si va en este sentido?”.
- “En el fondo, ¿qué quiere decir Lacan con su teoría de la forclusión?”²⁶
- ¿Cuál es la relación de esta última con el complejo de Edipo?”

26 Sobre la formación de la teoría de la forclusión en Lacan, el psicoanalista Jean Claude Maleval, resulta esclarecedor, escucharlo permite comprender la importancia conceptual y teórica de mantener el vocablo forclusión en esta traducción: “[...] En la lengua francesa contemporánea, el término forclusión es de uso corriente en el vocabulario jurídico procedimental y significa ‘la caducidad de un derecho no ejercido en los plazos prescritos’. Sin embargo, según Littré, el sentido propio y primitivo del verbo forclore es ‘exclure’. Esta acepción se encuentra en el siglo XIII, en el *Roman de la Rose*: *iMes! ‘esperance m’est forclose’*. Según Bloch y Von Wartburg, el derivado forclusión aparece en 1446 (*Dictionnaire étymologique de la langue française*. París, PUF, 1975, p. 138). [...] Sin duda, debido a su referencia profunda a la idea de exclusión, el concepto de forclusión puede parecer adecuado para lo que Lacan trata de circunscribir; sin embargo, desde este punto de vista no se ve cuál sería el matiz pertinente que le habría hecho preferirlo al rechazo o al cercenamiento. Ahora bien, en 1956 la forclusión ya tiene una historia previa en la comunidad psicoanalítica parisina. Había sido introducida por los gramáticos Damourette y Pichón para designar una de las modalidades de la negación en la lengua francesa. Lacan conocía muy bien a Édouard Pichón, uno de los diez miembros fundadores de la Sociedad Psicoanalítica de París. Ya en 1932 figuraba entre los maestros a quienes dedicó su tesis [...]”. Maleval, J. C. (2002). *La forclusión del Nombre del padre, El concepto y su clínica* (Buenos Aires, Paidós, pp. 61–62) (N. T.).

El esquizoanálisis toma prestada su sustancia de Lacan, como también de todas las teorías psicoanalíticas y psiquiátricas: este “no escatima medios”. Lo que intenta ha sido cierta e insuficientemente puesto a la luz y sin embargo interesa al máximo a todos los analistas. No se trata de abandonar el psicoanálisis y su hipótesis fundadora del inconsciente o la teoría del deseo tal como la desarrolla Lacan, o del volver a un inconsciente arcaico (como lo pretenden de manera caricatural los detractores). Al contrario, se trata de proceder mediante una operación de alta tecnicidad que movilice toda la clínica de la psicosis y todo el saber psicoanalítico disponible en el momento. Deleuze-Guattari dialogan con Lacan para crear un “punto de oscilación”, a fin de precipitar la interpretación de su obra para abrirla a una concepción distinta de la psicosis y de la esquizofrenia. En efecto, a propósito del extracto de Lacan aquí arriba citado, ellos se preguntan: ¿“Se trata tan solo de edipizar incluso al esquizo? ¿O se trata de algo distinto, incluso de lo contrario? Esquizofrenizar, esquizofrenizar el campo del inconsciente [...]”.

“Esquizofrenizar el inconsciente”: ciertamente la proposición tiene por qué sorprender, incluso aun, puede eventualmente derrotar la primera lectura. No se trata de una peligrosa “regresión del campo analítico”? ¿A dónde quieren llegar? Efectivamente, ¿no se puede dudar, *a priori*, de que Lacan jamás haya querido practicar semejante operación? Y, además, ¿a qué puede corresponder, desde un punto de vista clínico, semejante gesto teórico? Finalmente, ¿no se arriesga a fracasar con un elogio estéril (y fácil) de la esquizofrenia, dejando de lado la cuestión clínica?

Si Lacan, desde los años treinta, expone el caso de Aimée a partir de elementos en gran parte psicoanalíticos, el texto que hará carrera en los años sesenta, hasta finales del siglo XX para dar cuenta de la psicosis, se encuentra en los *Escritos*. Se trata de: “Sobre una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”. Es también durante estos años que Lacan sostiene su seminario sobre la psicosis. Serge Leclaire, en el marco de su tesis de medicina, retoma en 1958 las ideas de Lacan (más particularmente “La cuestión preliminar” publicada en 1955) y sistematiza las relaciones para formalizarlas. Esta parece constituir, *a posteriori*, el paradigma de las prácticas lacanianas en el hospital. Si el nombre del padre es forclusionado... no queda gran cosa por hacer. En efecto, ¿no es irreparable la falta inducida por la forclusión, como lo sostiene Serge Leclaire en su tesis inaugural? En Francia, en la

encrucijada de los años setenta (*El Anti-Edipo* data de 1972), es la teoría lacaniana de la forclusión, de inspiración freudiana, la que domina la calle. Desde entonces, uno se encuentra en efecto esta idea subyacente en el número de autores de ortodoxia lacaniana. Ella está por tanto más o menos acentuada. Es todavía en su nombre que, en efecto, se pone en práctica regularmente hoy “presentaciones clínicas” en los hospitales: se trata, por tanto, de una verdadera “batida” de la forclusión. En esta perspectiva, el diagnóstico estructural de la psicosis parece reificar la enfermedad, y el efecto de grupo, que él observa silenciosamente, contribuye a su cronologización. Evidentemente, existen ya en la época otras “maneras de hacer”: la mayoría de los grandes nombres del psicoanálisis que han trabajado con la psicosis no se sirven de esta teoría, o la desvían hábilmente. Sin embargo, parece que en la época nadie haya osado criticar abiertamente al maestro o a sus discípulos, que sostenían esta teoría. Incluso, al parecer, es preciso esperar a finales del siglo XX para que la crítica sea asumida como tal. Ahora bien, si en la época existen ya “otras maneras de hacer”, si en la práctica existen otras clínicas distintas al nihilismo que induce la teoría de la forclusión, ¿quién osa, aparte de Guattari (quien se asocia con Deleuze para esta ocasión), llegar a controvertir la potencia total de esta teoría en la época?. Parece que, en este momento, entre los grandes nombres del psicoanálisis que tratan la psicosis, sólo los no-lacanianos, como por ejemplo Gisela Pankow, se autorizan para criticar abiertamente a Lacan. Los lacanianos no denunciaron explícita y abiertamente el nihilismo clínico de esta concepción y la medida de sus colegas, después de la muerte del “maestro”. Asimismo, habrá que esperar a que una crítica lacaniana dude explícitamente de que las presentaciones clínicas que practicaba Lacan tenían una relación cualquiera con el psicoanálisis y denuncie vigorosamente los efectos de la Norma analítica en el campo psiquiátrico.

Recientemente, los lacanianos han pretendido que la psicosis es impenetrable, y que toda terapia no es más que “ortopédica” (a lo que el psicoanálisis no podría reducirse). ¿Freud mismo no se habría opuesto a que su disciplina pudiese ser de una utilidad cualquiera en la materia, preguntan los tenientes de esta posición? Un cierto número de psicoanalistas piensan que su disciplina no podría tratar la psicosis, “siendo imposible el transferir”. Algunos van incluso más lejos: los éxitos terapéuticos en materia de psicosis serían en realidad el resultado de diagnósticos erróneos. Sólo hay

cura de la neurosis, ya que no existe transferencia posible en la psicosis, se repite a porfía: “el sujeto es forcluido”. Es difícil de negar que, a este particular, una cierta teoría estructuralista de la forclusión encubre, evidente y suficientemente, elementos que contribuyen a un potente nihilismo terapéutico, lo que la actualidad teórica-clínica, en buena medida, no hace más que confirmar.

Deleuze-Guattari proceden a una crítica radical de la teoría de la forclusión para dar cuenta de la psicosis. En efecto, se trata de sacudir el dogma de la forclusión sostenida por los lacanianos, y de retomar con nuevos presupuestos la teoría de la psicosis. Esta es incluso la razón por la cual una “reversión al campo analítico” resulta preferible.

De lo “real” al “inconsciente maquínico”

Evidentemente, si se tratara de llevar a cabo semejante “salto teórico-clínico”, ello supone, no obstante, proceder a una autocritica saludable. En efecto, es preciso recordar que el culmen de las formalizaciones edipianas remite a la concepción de un inconsciente estructural. La interpretación estructural es la que mejor comprende el Edipo por su formalismo mismo, en la que lo simbólico es la categoría prevalente:

[...] La distinción entre lo imaginario y lo simbólico permite extraer una estructura edípica como sistema de lugares y funciones que se confunden con la gira variable de los que vienen a ocuparlos en determinada formación social o patológica: Edipo, de estructura (3+1), no se confunde con un triángulo, aunque realiza todas las triangulaciones posibles al distribuir en un campo determinado, el deseo, su objeto y la ley”.

Y, de hecho, la interpretación estructural: “[...] convierte a Edipo en una especie de símbolo católico universal, más allá de todas las modalidades imaginarias. Convierte a Edipo en un eje de referencia tanto para las fases preedípicas como para las variedades paraedípicas, por los fenómenos exoedípicos: la noción de “forclusión”, por ejemplo, parece indicar una laguna propiamente estructural, a favor de la cual el esquizofrénico es naturalmente colocado en el eje edípico [...]”.

Se anotará aquí el uso del verbo “parecer” a propósito de la noción de forclusión, lo que equivale, en alguna medida, a un condicional. Si la noción de forclusión en el modelo simbólico “parece indicar una laguna”, bien podría ser de otro modo, o al menos, no es cierto que la forclusión sea necesariamente una “laguna”. La operación aquí efectuada es doble: de una parte, se trata de mantener la duda sobre el dogma de la forclusión sin, estrictamente hablando, condenar las elaboraciones teóricas de Lacan, ya que, de otra parte, (y una vez más), se trata de ponerlas en cuestión. En el fondo, ¿la forclusión es ella estructuralmente un fracaso de lo simbólico, o no habría que volver a poner en cuestión la distinción esencial entre lo imaginario y lo simbólico que da cuenta de la forclusión como “fracaso”? ¿No son los lacanianos lo que se equivocan mientras que la operación de Lacan es totalmente contraria? En efecto, es contra una interpretación errónea de Lacan con relación a la psicosis y la forclusión que Deleuze y Guattari se sublevan: “[...] E incluso una tentativa tan profunda como la de Lacan para sacudir el yugo de Edipo ha sido interpretada como un medio inesperado para recargarlo y encerrarlo sobre el esquizo²⁷.

Deleuze y Guattari no dejan de denunciar la teoría estructural y el uso que algunos pueden hacer de esta. Ellos insisten en la idea de que el sentido profundo de la teoría estructural elaborada por Lacan no era cerrar el inconsciente: por esto anuncian la actualización que Lacan va a llevar a cabo. En efecto, este último prosigue su obra, y si conduce a una teoría del inconsciente que se inspira en la lingüística, no es para repetir este modelo importado, sino por el contrario, para criticarle a nombre del inconsciente. ¿no es esto lo que él hace muy claramente este mismo año de 1972 en su seminario cuando desarrolle la idea que la lingüística no “aporta nada para el análisis”? En efecto, el análisis se reduce a su límite y emerge más de una “lingüistería”, pues lo que le interesa no es tanto la regularidad como el accidente, la gracia o el lapsus en que se revela la singularidad del sujeto.

Pero la precipitación deleuzo–guattariana de la obra de Lacan no se limita a la crítica de un “lingüistismo psicoanalítico”: emerge de una carga analítica mucho más

27 La cita completa, tanto en la edición francesa del *A. OE* (Minuit, p. 207), como la mantiene Francisco Monge, el traductor castellano, a quien seguimos aquí (Paidós, 1985, p. 182), dice al final: “[...] Un medio inesperado para recargarlo y encerrarlo en el bebé y el esquizo”. Nótese la supresión que lleva a cabo aquí Gabarrón–García (Nota del traductor).

radical. El problema es el siguiente: ¿No habría que dar prevalencia a la categoría de Real a fin de “hacer saltar” el estructuralismo edipiano portador de una norma totalmente potente? En efecto, es a este punto de la torsión de la teoría lacaniana que Deleuze y Guattari quieren volver. Paradójicamente, se trata, en alguna medida, de hacer participar a Lacan de su operación de “reinversión del campo analítico”. Es por esto que nuestros autores llegan a alojarse en el corazón de las categorías lacanianas que ellos quieren hacer jugar... De manera diferente. Antes de fijarnos en el detalle como ellos lo toman, veamos, ante todo, no el resultado que reviste su “deriva metapsicológica”. Ante todo, ellos retoman por su cuenta la crítica clásica del imaginario, típico de un discurso crítico lacanianiano que denunciaría las “ilusiones imaginarias” en provecho del orden simbólico”:

Nuestra crítica precedente de Edipo corre el riesgo de ser juzgada por completo superficial y mezquina, como si se aplicase tan solo a un Edipo imaginario y se refiriese al papel desempeñado por las figuras parentales, sin mellar en nada la estructura y su orden de colocación y funciones simbólicas.

Pero ahí se trata, en alguna medida, de un “engaño, ya que ellos endosan esta postura que hace del orden simbólico la categoría central, finalmente para poner más al rojo vivo el hierro de su crítica. En efecto, la diferencia esencial no es entre lo simbólico y lo imaginario: sin embargo, el problema para nosotros radica en saber si es ahí donde se instala la diferencia.

¿La verdadera diferencia no estará entre Edipo estructural tanto como imaginario, y algo distinto que todos los edipos aplastan y reprimen: es decir, la producción deseante –las máquinas del deseo que ya no se dejan reducir ni a la estructura ni a las personas, y que constituyen lo Real en sí mismo, más allá o más acá de lo simbólico como de lo imaginario?.

Es así como proponen, desde la página siguiente, su hipótesis de un “inconsciente maquínico” que tiende a poner lo real en el centro de las investigaciones analíticas, al mismo tiempo que a destruir “el inconsciente estructural”: “Pues el propio inconsciente no es más estructural que personal, no simboliza ni imagina, ni repre-

senta: máquina es maquínico. Ni imaginario ni simbólico, es lo Real en sí mismo, “lo real imposible” y su producción.

Habría mucho por decir sobre la concepción de lo Real para Deleuze–Guattari con relación a la de Lacan. Pero es preciso también anotar, que ellos elaboran su concepción, no contra Lacan a partir de su teoría. En efecto, si la mayoría de los lacanianos estructuralistas sostienen su práctica de la primacía de una concepción de lo simbólico, “totalmente distinta era la vía trazada por Lacan. No se contenta como ardimiento analítico, con girar en la rueda de lo imaginario y lo simbólico, de lo imaginario edípico y la estructura edipizante [...]” (AE, Paidós, p. 318).

Ellos reiteran esta operación, donde mezclan indisociablemente sus proposiciones con las de Lacan: “La verdadera e innata diferencia no reside entre lo simbólico y lo imaginario, sino entre el elemento real de lo maquínico, que constituye la producción deseante y el conjunto estructural de lo imaginario y de lo simbólico, que tan solo forma un mito y sus variantes [...]”. Por tanto, el Real es primero: él articula los otros dos (AE, Paidós, p. 89).

Ellos citan inmediatamente a Lacan: “Por eso era preciso escuchar las advertencias de Lacan sobre el mito freudiano de Edipo, que ‘no podría mantener indefinidamente el cartel en las formas de sociedad en las que se pierde cada vez más el sentido de la tragedia...’: un mito no se basta sino soporta ningún rito, y el psicoanálisis no es el rito de Edipo”. Finalmente, añaden enseguida: E incluso si nos remontamos de las imágenes a la estructura, de las figuras imaginarias a las funciones simbólicas, del padre a la ley, de la madre al gran Otro, en verdad *tan solo se ha hecho retroceder la cuestión*.

Se podría aun multiplicar los pasajes donde Deleuze–Guattari nos dicen que la diferencia esencial no es ante todo la de lo Simbólico con lo Imaginario, sino la del Real *con* el simbólico y el Imaginario. Es, en estas últimas elaboraciones de Lacan de estos años, sobre el tema de la teoría del “objeto” (que ellos califican de “admirable”) y del Gran Otro, que ellos encuentran los útiles para fundar sus proposiciones: “Remontarse de las imágenes a la estructura tendría poca importancia y no nos permitiría salir de la representación, *si la estructura no tuviese un reverso*, que es como la producción real del deseo”.

Es a partir de este “reverso de la estructura” que Lacan actualiza que conviene reflexionar y se instalan nuestros autores:

“Lacan descubre todo este reverso de la estructura, con el “a” como máquina y el “A” como sexo no humano: esquizofrenizar el campo analítico, en lugar de edipizar el campo psicótico”.

Es el “objeto a” el que indica lo que tiene que hacer el analista:

“No convenía apretar las tuercas allí donde Lacan acababa de aflojarlas; edipizar el esquizo, allí donde, por el contrario, acababa de esquizofrenizar hasta la neurosis [...] El objeto ha irrumpido en el seno del equilibrio estructural a modo de una máquina infernal, la máquina deseante”.

¿Cuál es este reverso de la estructura? ¿Cuál es este dominio que da a ver “el objeto a” y en que este crea un desequilibrio? Si Lacan descubrió que el inconsciente es estructurado como un lenguaje y que este surge, por una parte, de un cierto código, es porque, de otra parte, éste no es, sin embargo, un código ni un lenguaje:

Pertenece a Lacan el descubrimiento de este rico dominio de un código del inconsciente, envolviendo la o las cadenas significantes [...] Pero qué extraño es este dominio en virtud de su multiplicidad, al punto que apenas se puede hablar de una cadena o incluso de un código deseante. Las cadenas son llamadas deseantes [significantes] porque están hechas con signos, pero estos signos no son en sí mismos significantes. El código se parece menos a un lenguaje que a una jerga, formación abierta y polívoca.

¿Hacia qué tiene que dirigirse desde entonces la mirada del analista? De hecho, es preciso imaginar el lugar de la formación de la estructura misma. Una vez más, es Lacan mismo quien indica y muestra que este dominio no surge de ninguna significación, de ningún significante. En efecto, ellos citan en seguida a Lacan para apoyar sus palabras:

[...] Una exclusión proveniente de estos signos como tales no podrán ejercerse más que como condición de consistencia de una cadena a constituir; añadamos que la dimensión donde se controla esta condición es solamente la

traducción que semejante cadena es capaz de hacer. Que se detenga todavía un instante sobre este loto, para considerar que es la organización real mediante la que estos elementos son mezclados en lo ordinal, al azar, la que con la ocasión de su salida nos hace jugar a la suerte...”.

En efecto, lo que tiene que interesar antes que nada al analista, tiene que ser esa “inorganización real” de la que se sostiene toda significación posible. Se trata de la cuestión de las condiciones de posibilidad de producción de lo simbólico mismo. De este modo, Deleuze–Guattari pueden concluir:

“Si existe una escritura, es una escritura *en el mismo real*, [...]: todo el campo de “la inorganización real” de las síntesis pasivas, en el que en vano se buscaría algo que se podría llamar el significante, que no cesa de componer y descomponer las cadenas en signos que no poseen ninguna vocación para ser significantes”.

Se empieza a comprender la idea de un “inconsciente maquínico”, ante todo no tanto representativo, sino productor. ¿Cuáles pueden ser las consecuencias clínico–teóricas de un gesto como este?; ¿cuáles espacios, analíticos y clínicos, abren de este modo al análisis y a la cuestión del tratamiento de la psicosis?

La “cuestión preliminar” a cualquier tratamiento de las psicosis esquizo–analítica

Reivindicando los derechos del Real lacaniano del inconsciente dentro del modelo simbólico estructural, se trata de derivar la explicación edipiana del modelo inconsciente. Ante todo, no es lo simbólico y lo imaginario lo que interesa al analista, para quien el Edipo es un mito totalmente secundario para dar cuenta del inconsciente (así como la teoría del falo): son producciones simbólicas que no sabrían tener ningún privilegio. Esta es la razón por la cual se puede señalar que nuestros autores no niegan la existencia de Edipo como invariante cultural, sino su “generalización” al modelo del inconsciente.

Desde entonces, la concepción estructural de la psicosis tiene que ser relativizada o renovada. Es así como el campo problemático constitutivo del inconsciente es desplazado y que la investigación clínica es modificada. El problema semiológico que

se plantea al clínico ya no es diagnosticar la imposibilidad de la metáfora paternal. No se trata ante todo de resaltar la falibilidad de la formación de lo simbólico, en el que se experimentaba la ley de represión del inconsciente, ya que desde entonces se arriesgaba a condenarse a reificar la psicosis y a pensarla bajo el modo esencialista de un fracaso. De este modo, si existe un problema preliminar a cualquier tratamiento posible de la psicosis es, primero que todo, invertir los términos clásicos del análisis: se trata de interrogar la operación del análisis que, bajo cubierta del Edipo, se refuta en la investigación y al tratamiento analítico de la psicosis. En este sentido, se puede decir que el fracaso de lo simbólico, es el fracaso del psicoanalista, o aun, que la verdadera cuestión preliminar al tratamiento de la psicosis es la cuestión esquizoanalítica. Ciñéndose al modelo estructural que privilegia la explicación de la psicosis, a partir de un fracaso esencial, no se condena jamás, en el nivel clínico, a comprometerse en la transferencia con el paciente y en la producción en que esta consiste.

Mucho se ha dicho sobre el supuesto delirio de semejantes proposiciones teóricas, siguiendo para ello la palabra de Lacan que tacha, al parecer, esta obra de “delirante”. Quizás haya aquí una de las causas del conformismo analítico actual. Todo el mundo se pliega al silencio absoluto que impone Lacan a sus “tropeles” luego de la aparición del libro (el hecho está bien comprobado actualmente como lo muestran los historiadores), cuando se trataba, por el contrario, de abrir una discusión. Ahora bien, no es este silencio que hoy perdura lo que explica que la mayor parte de las presentaciones clínicas se sostengan en una tal concepción estructuralista de la psicosis? Freud había tomado en serio la palabra de la histérica, y esta es la razón por la cual el inconsciente era comprendido bajo el modelo de la represión. Al esquizoanálisis reivindicar un inconsciente maquínico y ubicar el Real en el centro de la investigación analítica, ¿no permite hacer valer los derechos de la palabra psicótica contra un cierto discurso reificado del análisis estructural y contra su nihilismo terapéutico siempre en funcionamiento?

Lacan se ha inspirado en estas proposiciones teóricas que, en parte, anticipan su obra ulterior. Esto permite, en efecto, preguntarse en qué medida la concepción esquizoanalítica no ha influenciado las últimas concepciones en Lacan. ¿No es sobre la negación del *Anti-Edipo* que él puede construir su concepción de la psicosis como “síntoma”? La posición teórica y clínica de Lacan respecto del problema de

la psicosis va a cambiar muy nítidamente desde 1975, es decir, tres años después de la aparición del *Anti-Edipo*. Se notará que esta (r)evolución, sobre la cual parece que se cuida de momento de poner mucho el acento, casi no ha sido seguido en la práctica, es decir, en clínica, etcétera, comprendida en ésta por los lacanianos, que parecen permanecer en una concesión estructural de la forclusión... Es, sobre todo, los textos de los años cincuenta los que hicieron escuela: la psicosis es pensada en términos esencialmente deficitarios y en comparación con el patrón del paradigma neurótico. Sin embargo, con la cuestión del síntoma en el seminario XXIII, las cosas comienzan, singularmente a modificarse para Lacan. Lacan introduce una suerte de “simetría clínica” entre neurosis y psicosis: sobre el síntoma singular que caracteriza la neurosis, el psicótico produce su “síntoma” que le permite lograr la tirada RSI (la obra que produce Joyce es su “síntoma” singular). Desde entonces, el Real deviene la categoría del inconsciente. Aún no se han medido plenamente los riesgos clínicos de semejante gesto teórico, gesto que Lacan no hará más que ampliar en lo sucesivo. En efecto, al fin de su enseñanza, particularmente en su seminario “una equivocación”, quizás no sea exagerado decir que él revoluciona completamente sus antiguos puntos de vista. Lacan se dedica a criticar a Freud: es la psicosis la que permite dar cuenta del inconsciente. Ahora bien, ¿no existe aquí una singular aproximación con la perspectiva psicoanalítica? ¿Decir que la “forclusión” es generalizada, como lo sostiene “el último Lacan”, no es plantear la esquizofrenia como el modelo del inconsciente, no es “esquizofrenizar el inconsciente”? De la misma manera que las exageraciones admiten que “el último Lacan” ponga el Real en posición mayor, ante lo simbólico, es precisamente lo que hacen, desde 1972, Deleuze–Guattari. Es a partir de la obra de Joyce, y en tanto que ella es la producción de una psicosis, que Lacan ha derivado un cierto número de útiles conceptuales inéditos (como el síntoma). Él fue conducido a criticar a Freud para, al final de su vida, proponer un nuevo paradigma analítico. Es a partir de la obra de Artaud que Deleuze y Guattari proponían tres años más tarde una reforma o una profundización del campo analítico. En los dos casos la psicosis enseña ahora al analista.

Notas

Psicóloga clínica, psicoanalista, Florent Gabarron es estudiante de doctorado en París VII.

* Historiador, magíster y Doctor Historia por la Universidad Nacional de Colombia, Docente Universidad de Antioquia. Correo electrónico: rdaguiair@unal.edu.co

^I Robert Castel, *Le psychanalisme, l'ordre psychanalytique et le pouvoir* (1re édition), Maspero, Paris, 1973, reediciones 10–18, 1976 et Champ–Flammarion, Paris, 1981.

^{II} Félix Guattari, Edicto, *Chimères, revue des Schizo–analyses*, número 1, Gourdon, Éditions Dominique Bedoux, verano de 1987, p. 3.

^V – Según André Green, Deleuze et Guattari solo hacen referencia al «primer Freud», el de antes del nacimiento del psicoanálisis (André Green, Deleuze et Guattari «Reflexiones críticas», *Revue française de Psychanalyse*, Número 3, Paris, 1972)

^V – Por ejemplo, François Villa, profesor del departamento de psicopatología y de psicoanálisis de París VII, en un artículo reciente trata de la relación del «Cuerpo sin órganos» con órgano histérico. El autor no menciona jamás *El Anti–edipo*, cuando es en este libro que la noción de «cuerpo sin órganos» es el más desarrollado y afirmado de manera paradigmática. Cuando él evoca esta noción es esencialmente en referencia al texto tardío y «secundario» de Deleuze sur Francis Bacon et a sus primeras formulaciones en: «Lógica del sentido» (Gilles Deleuze, Francis Bacon, *Logique de la sensation*, Paris, Éditions de la différence, 1984; Gilles Deleuze, *Lógica del sentido*, Paris, (Barcelona, Paidós). François Villa, «El cuerpo sin órganos y el órgano histérico», en *Champ psychosomatique*, n.º 44, Paris, L'esprit du temps, 2006, pp. 33–46.

^V Ciertamente habría mucho que decir sobre el hecho que, muy a menudo, se asocia el libro *El Anti–Edipo* con Deleuze más bien que con Guattari. Sin embargo, Félix Guattari es el que aporta la materia al *Anti–Edipo*, como lo ha mostrado Stéphane Nadeau (Stéphane Nadeau, *Écrits pour l'Anti–oedipe*, Paris, Lignes–manifeste, 2004).

^{VI} Gilles Deleuze, Presentación de Sacher Masoch. *Lo frío y lo cruel*. Buenos aires, Amorrotu, 2001.

^{VII} En el curso de la sesión del 12 de marzo de su seminario del mismo año, intitulado *De un Otro al otro*, Lacan habla de *Lógica del sentido* como de un “libro capital” que está en relación con lo que él mismo trata de hacer (Jacques Lacan, *D'un Autre á l'autre*, Paris, Seuil, 2005). Asimismo, algunos años más tarde, él había puesto como reto a sus discípulos producir un análisis tan brillante como el de Deleuze sobre el tema de Masoch.

^X Para una cierta doxa lacaniana, conviene hablar de Deleuze como se supone que “Lacan lo ha dicho”. De esta manera, se cita a Deleuze cuando sea prueba de “obediencia” que retomaba la noción de forclusión (tal como lo elabora Lacan) a propósito de Wolfson. Si se habla incluso de sus “maquinas psicoanalíticas” es para mostrar como la idea de maquinismo

se encuentra ya en Lacan (Serge Cottet, “Las maquinas psicoanalíticas de Gilles Deleuze”, *La cause freudienne*, N.º 32, París, Seuil, 1996, pp. 15–19). Luego, con el “viraje” que constituirá *el Anti-Edipo*, no se hablará más del esquizo, sino de “su esquizo” (Serge Cottet, “Deleuze, su “esquizo” y “la angustia”, Bruselas, en *Quarto*, n.º 86, abril de 2006, pp. 46–48). Sin embargo, el análisis que hace Wolfson de Deleuze prefigura *El Anti-Edipo*. En efecto, para Wolfson: “el saber no es significado sino insuflado en la palabra; la cosa no es imbricada sino encajado en la palabra”. Desde 1970 este análisis contribuye a renovar la cuestión de la psicosis en el campo del análisis: la psicosis no emerge solamente de un fracaso (Gilles Deleuze, prefacio de Louis Wolfson, *Le schizo et les langues*, París, Gallimard, 1970).

^x Gilles Deleuze, Félix Guattari, *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona, Paidós, 1985, p. 87.

^x “Guattari es reconocido como analista profesional y de obediencia lacaniana, miembro de su escuela. Tres años después de la publicación de la obra, en 1975, él mantiene todavía una clientela de treinta a treinta y cinco personas”. François Dosse, Gilles Deleuze, Félix Guattari, *Biographie croisée*, París, La découverte, 2007, p. 223. (México: Fondo de Cultura Económica, 2002)

^{xi} Félix Guattari participa de la fundación de la Sociedad de psicoterapia institucional en 1965. Hasta el final de su vida, trabaja en La Borde y se comprometió en el campo de la psicoterapia institucional, como testimonio la obra siguiente: Félix Guattari (con Jean Oury, François Tosquelles), *Pratique de l’institutionnel et politique*, París: Matrice, 1985.

^{xii} Jacques Lacan, *Séminario X*, París, 1970, opúsculo citado en *El Anti-Edipo*, (Ed, Cast, Paidós, p. 59).

Sobre la cuestión de la génesis de la teoría de Freud, se puede particularmente remitirse, por ejemplo, a las páginas 97–98 del A. E). (Por razones de comodidad apelaremos en adelante así al *Anti-Edipo* (ed, Cast, Paidós, 1985).

^{xv} 15 – A. E, p. 59.

^{xv} Pero también de lo político (dejamos aquí en suspenso esta cuestión).

^{xv} A. E, pp. 58–59.

^{xvi} A. E, p. 88.

^{xvii} – Jacques Lacan, *De la psychose paranoïaque dans ses rapports avec la personnalité*, París: Le seuil, 1975 (1932).

^{xx} Jacques Lacan, “Sobre una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, *Écrits*, París: Le Seuil, 1966–1955–1956.

^{xx} J. Lacan, *Séminaire III, Les psychoses*, París: Seuil, 1981, 1956.

^{xx} Serge Leclaire, *Principes d'une psychothérapie des psychoses*, Paris: Fayard, 1999 (thèse de médecine, 1958).

^{xxi} Hemos emprendido una crítica epistemológica de las presentaciones clínicas en el marco de nuestro Máster II de Psicopatología.

^{xxii} En efecto, la mayoría de los grandes psicoanalistas que verdaderamente trabajan con los psicóticos nunca jamás han hecho un uso semejante de esta concepción estructuralista de la forclusión (comprendidas las que eran próximas de Lacan) ni han practicado la presentación clínica, de Dolto a Michaux, pasando por Oury o Pankow. Entretanto, es preciso esperar a finales del siglo pasado para que los lacanianos declaren abiertamente su desacuerdo. Ginette Michaux declaraba en 1999: “Me queda sin embargo en memoria una frase de Lacan, dicha en circunstancias bien precisas, con el furor que a veces era la suya. Alguien le plantea la pregunta de la reversibilidad o no de la forclusión en la cura de los psicóticos: “¿Qué diablos estamos haciendo aquí después de escucharlos?”. Cualquiera que haya podido leer, escribir, o publicar sobre este tema, Lacan lo ha pronunciado y yo lo he entendido, y otros como yo...” Ginette Michaux, *Figures du Réel, Clinique psychanalytique des psychoses*, Paris: Denoël, 1999). Asimismo, Oury representando a Lacan, sostiene que los “lacanianos ortodoxos” se equivocan: “es cierto que he sido suficiente rápidamente exasperado por esta cita de la forclusión de Nombre del-padre. [...] Lo que Lacan entiende por forclusión es una no-inscripción, una Un-bejahung. Pero la inscripción supone como preferible la función forclusiva, que es la puesta en funcionamiento del rechazo que permitirá la inscripción... La forclusión de la que habla Lacan se sitúa a un nivel lógico secundario. Esto es lo que se puede llamar un fracaso de la función forclusiva”. Sobre esta función: “Porque es preciso volver a las inscripciones primeras que permiten al cuerpo construirse. En un esquizofrénico, existen extremos enteros que no se inscriben por falta de la función forclusiva”. Jean Oury, Marie Depussé, *A quelle heure passe le train...*, *Conversation sur la folie*, Paris, Calman-Lévy, 2003, pp. 78–79.

^{xxv} Antes del A. E. Guattari había comenzado su crítica en la escuela freudiana. Se puede remitirse a algunos de estos artículos. Él critica ya el estructuralismo (Félix Guattari, “Máquina y estructura”, *Psicoanálisis y transversalidad*, (Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 1976, pp. 274–283), como el funcionamiento institucional de la escuela (Félix Guattari, “Reflexiones sobre la enseñanza como reverso del análisis”, *Psicoanálisis y transversalidad*, (Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 1976, pp. 284–297). Comunicación presentada en el Congreso de la Escuela freudiana de París, el 17 de abril de 1970).

^{xxv} Es lo que nos entrega Jean Claude Polack, amigo de Félix Guattari, compañero en los comienzos de la empresa crítica esquizo-analítica, psiquiatra y psicoanalista en la Borde, y que era a la vez paciente de Lacan, y “al mando de esta” con Pankow. Cuando habla de esta última, de sus pacientes de la Borde y de lo que Lacan decía de estos, Pankow declara abiertamente que: “de todas maneras, Lacan no era psicoanalista”.

^{xxvi} Jean Allouch, «Presentación de la enfermedad», *132 bons mots avec Jacques Lacan*, Toulouse: ERES, 1984.

^{xxvii} Jean Allouch, «Lacan y las minorías sexuales», *Cités*, Número 16, Paris: PUF, 2003. Se puede por lo demás anotar que, a pesar de todo, esta norma se perpetúa y es siempre alabada. Se puede, entre otras, remitirse a los artículos siguientes: Francois Leguil, “A propósito de las presentaciones clínicas de Jacques Lacan”, *Quarto*, Bruxelles, 2003; o aún la de Francois Gorog, “Las presentaciones clínicas de Jacques Lacan”, *L'évolution psychiatrique*, número 66, Paris, 2001. Convendría en un trabajo ulterior reportar esta literatura relativa a las presentaciones clínicas para hacer una crítica a profundidad.

^{xxviii} Charles Melman, *Les structures lacaniennes des psychoses*, Séminaire du 17 janvier 1984, Paris, Edición de la Association freudienne internationale, 1999.

^{xxx} Esto es lo que sostiene por ejemplo Jean Claude Maleval: sólo la forclusión del nombre del padre permitirá trazar la línea de demarcación verdadera de la psicosis. De este modo, será de golpe que los autores reivindiquen haber tratado o curado una psicosis: ellos solo habrían podido ocuparse en realidad de histéricos: “los” “psicóticos” curados por la psicoterapia analítica son “locos histéricos”. Algunos casos, indudablemente reivindicados como “psicosis” por lo terapeutas (Sechehay, Marion Minler, Rosen, Rosenfiel, Pankow, Dolto, etcétera) le han permitido relativos éxitos” Jen Claude Malaval, «Hystérie et psychose infanto-juvénile », *Folies hystériques et psychoses dissociatives*, Paris: Payot, 1981.

^{xxxi} “No existe transferencia en la disociación, por tanto, en la psicosis”. Jean Claude Maleval, *Ibid.*

^{xxxii} (A. E, Paidós, pp. 57–58).

^{xxxiii} A. E, p. 58.

^{xxxiv} (A. E, Paidós, p. 182)

^{xxxv} Lacan, Jacques. *Seminario XX: Aún.* (París: Seuil, 1972), Buenos Aires, contrastar.

^{xxxvi} A. E, Paidós, p. 58.

^{xxxvii} A. E, Paidós, p. 58.

^{xxxviii} A. E, Paidós, p. 59.

^{xxxix} A. E, Paidós, p. 89.

^{xl} A. E, Paidós, p. 89.

^{xli} A. E, Paidós, p. 34.

^{xlii} A. E, Paidós, p. 319.

^{xliii} A. E, Paidós, pp. 319–320.

^{XLV} A. E, Paidós, p. 89.

^{XLV} A. E, Paidós, p. 44.

^{XLV} Jacques Lacan “Observación sobre el informe de Daniel Lagache: “psicoanálisis y estructura de la personalidad”, (*Escritos*, París: Seuil, p. 658), trad. castellana. México: Siglo Veintiuno, 3 ed., 2009, tomo 2, pp. 617–651. En este punto de la argumentación, Deleuze y Guattari hacen un llamado a un artículo de Leclaire que sería precursor de sus concepciones. Serge Leclaire, “La realidad del deseo”, *Sexualité humaine*, Aubier, París, 1970. Este gesto surge tanto de la pertinencia teórica como de la estrategia política. Leclaire es uno de los raros lacanianos en participar del debate alrededor del *Anti-Edipo* en la *Quinzaine Littéraire*, París, n.º 143, 16–30 de junio de 1972, pp. 15–19. [“Deleuze y Guattari se explican...”, en: *Las islas desiertas y otros textos. Textos y entrevistas inéditas (1953–1974)*, Valencia: Pre-textos, 2005, pp. 279–294]. (Ellos son más reservados sobre el tema de sus análisis sobre el falo en otras obras, particularmente a propositivo de Serge Leclaire, *Démasquer le Réel*, París: Seuil, 1969). Se encuentran, entre otros, en este debate, Roger Dadoun, el psiquiatra Torrubia, el etnólogo Clastres, el filósofo Chatelet.

^{XLVI} A. E, Paidós, p. 45.

^{XLVII} En efecto, ellos se sorprenden de la crítica culturalista del psicoanálisis, como la de Mead o de Malinowski: “En modo alguno pretendemos retomar una tentativa como la de Malinowski, que señalaba como varían la figuras según la forma social considerada... Nosotros incluso creemos en este Edipo que se nos presenta como una especie de invariante”. No obstante, la cuestión es por completo otra: ¿existe adecuación entre las producciones del inconsciente y esta invariante [...]?” (A.E, Paidós, p. 58).

^{XLX} Jacques Alain Miller ofrece este comentario sobre la apreciación de Lacan: “*El Anti-Edipo* es una variación sobre un tema de Lacan, la crítica del edipismo ingenuo, enriquecido con un elogio, no sin humor, de la esquizofrenia. Se trata, por lo demás, de una progenitura que Lacan a reconocido, tachándola de delirante”. Jacques Alain Miller, “Una historia del psicoanálisis”, en *Magazine littéraire*, N.º 271, París, 1989.

^L François Dosse, *Biografía cruzada* (París: La découverte, 2007), pp. 252–253). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.

^L Señalemos que éste perdura solamente en Francia. En efecto, desde hace mucho tiempo existen congresos de esquizoanálisis en América del Sur, así como en un instituto de esquizoanálisis. Nosotros aún no llegamos a este estadio. Sin embargo, “a diferencia de las vivas controversias de la época”, la psicoanalista Catherine Millot, en una reciente entrevista con François Dosse, reconocía al libro de Deleuze–Guattari “el mérito de haber hecho valer una concepción no deficitaria de la psicosis”– François Dosse, *op. cit.*, p. 266.

^L Se puede remitir al brillante análisis de Sophie Mendelshon que hace una aproximación a las concepciones lacanianas y deleuzianas, que es en verdad el primer intento de generar

uno de los mayores resultados. Sin embargo, ella ha abandonado la cuestión de la clínica y el aporte específico de Guattari. Sophie Mendelshon, “Jacques Lacan, Gilles Deleuze, el itinerario de un encontrado sentido del mañana”, *L'évolution psychiatrique*, París, Numero 69, 2004. En esta perspectiva comparativa, se puede también remitirse al artículo de Jacques Brunet-Georges, “Muerte o vida en el devenir-mujer”, en *Chimères*, n.º 66-67. París: Ediciones Difpop, 2008.

^{LII} Jacques Lacan, *Séminaire XXIII, Le sinthome*, Paris, Seuil, 2005 (1975). (Buenos Aires, Paidós, 1976).

^{LIV} Pensamos, sobre todo, aquí en el texto, “De una cuestión preliminar a cualquier tratamiento posible de la psicosis”, En *Escritos*, París: L Seuil, 1966-1955-1956.

^{LIV} Jacques Lacan, *Séminaire XXIII, Le sinthome*, Paris: Seuil, 2005 (1975). (Buenos Aires: Paidós, 1976).

^{LIV} Jacques Lacan, *Séminaire XXIV, L'insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourre*, Paris: inédit, 1977.

^{LVI} En efecto, las cosas parecen cambiar poco, como lo atestigua uno de los números recientes de la revista *La cause freudienne* que es, precisamente, sobre ... la forclusión generalizada. Por lo demás, se puede señalar que este movimiento clínico-teórico es directamente dependiente de la reciente publicación de los últimos seminarios de Lacan, donde este último, trata de esta. Particularmente, puede remitirse al número 67 de la revista *La causa freudiana*: “todo el mundo delira”, *Revue de la cause freudienne*, Paris, número 67, octubre 2007.

^{LVII} La fórmula es de Jaques Alain Miller.

Traducido del francés por Román Aguiar Montaña
Medellín, julio 14 de 2023